

versiones. El tratamiento solidario de Amor y Naturaleza, que centraba el mundo poético de Ricardo Molina en su primer libro, da también razón de *Elegías de Sandua*. El poeta se nos presenta movido por un impulso incontenible que le lleva a sentirse parte del Universo y del paisaje, en cuyo seno explaya euforias sin objeto, por obra del amor recordado. La Naturaleza despierta en él la nostalgia y el recuerdo de la felicidad pasada, que transcurrió en los mismos lugares que ahora son visitados en soledad. El que antes fuera escenario de felicidad se convierte en fuente de tristeza; en medio de una Naturaleza cómplice, el solitario se complace en degustar su abandono. Para Ricardo Molina, el amor parece ser un estado de olvido de la propia identidad, de quebrantamiento de los límites de la conciencia individual, de inmersión en la belleza y en la inocencia de los elementos. El panteísmo de «Cántico del río» reaparece con frecuencia, y explica igualmente algunos poemas de *Corimbo*, como el ya citado «Hora de amor».

La elegía tercera de *Cántico* es seguramente la más sintética de todas ellas y la que contiene la más profunda y extensa formulación del mundo que en su contexto se construye: visión alegórica de un espacio en ruinas que para el poeta es símbolo de su propia historia y de su presente. Del mismo modo que en casi todas las elegías es el amor una pasión fructífera, que por gracia de la exaltación del enamorado halla su correlato en el esplendor del paisaje (y se lo confiere), aquí estamos frente a una Naturaleza desolada, aunque en medio del estrago queda la nostalgia de los días pasados, que no quiere ser rota ni un momento por la representación en la memoria de la felicidad ausente, que el poeta desea y a la vez teme suscitar. La octava (de *Cántico*) se refiere a la brevedad del amor, mediante la clásica equiparación con la de la flor. La decimotercera (de la edición de *Cántico* también), entre otras, aporta un autorretrato o declaración de principios según el cual el goce es lo único que justifica una vida a la que el amor que se ha poseído basta a dar sentido; el mero hecho de vivir, aunque sea en el dolor, es ya suficiente. Tan colmado se siente Ricardo Molina ante el espectáculo de la vida, que se acusa de hallarse apegado a las cosas terrenales, olvidado de Dios, en la vigesimonovena.

En *Tres poemas* (1948), tras el paréntesis de sobriedad que suponen las *Elegías de Sandua*, vuelve Ricardo Molina al estilo

pletórico y aluvial que ya era detectable en *El río de los ángeles*. Este libro, poco logrado a mi modo de ver, manifiesta una estrecha proximidad al existencialismo religioso más dramático, del que tantos ejemplos ofrece la poesía española de posguerra. Lo cual no quiere decir que se trate de un libro insincero.

En *Corimbo* y *Elegía de Medina Azahara* retornará Ricardo Molina al buen hacer y el temple espiritual de *Elegías de Sandua*. *Corimbo* (1949) es una colección de textos de palabra medida y en general serena, superada la culpabilidad gesticulante de *Tres poemas*. Vuelve Ricardo a darnos fe de un vitalismo que valora la adquisición de la sabiduría fruto de la experiencia tanto como el goce mismo («En esta encrucijada»), y se muestra reconciliado con un amor cuyo recuerdo no le produce desazón ni amargura, sino agradecimiento cósmico doblado de trascendentalismo metafísico. *Elegía de Medina Azahara* (1957) es una meditación sobre asuntos familiares al autor como la fugacidad del amor, de la felicidad y de la belleza, predominantemente en poemas cortos y sintéticos de los que está ausente la angustia y casi siempre el desarrollo discursivo, poemas en los que Ricardo Molina quiere dar testimonio de serenidad, prolongando el tono de *Corimbo*. De algún modo es anticipo del último que publicara en vida, *A la luz de cada día*, testamento de intención ética, catálogo de intuiciones e imágenes anotadas al desgaire y textos de acarreo, con algún buen poema como «Nocturno romántico».

Póstumamente, en 1975, se publicaron dos brevísimas colecciones, *Regalo de amante* y *Cancionero*; con la referencia a ellas terminaba mi capítulo de 1976 sobre Ricardo Molina, en términos que quiero recordar aquí. Datable hacia 1947, constan de poemas no destinados a la publicación y por ello escritos al margen de toda autocensura. Junto con *Elegías de Sandua*, *Regalo de amante* es para mí la poesía más intensa y auténtica que saliera de la pluma de su autor. Su tema es el amor, ejemplificado en un corto número de estaciones: la fascinación inicial, el deseo, la sexualidad plenamente aceptada, todo justo y preciso en estos poemas secretos.

En la bibliografía de Ricardo Molina que lleva mi libro de 1976 figuran como inéditas dos colecciones, *Psalmos* y *Homenaje*, que pude manejar en aquel momento; no cito, en cambio, *Otros poe-*

mas, ni creo haberlos visto. Preferí soslayar *Psalmos*, centón de oraciones gemebundas, manifestaciones de autoenvilecimiento y golpes de pecho, por su tufo de sacristía, catequesis y procesión de flagelantes, emanado de la conciencia de culpa que contrapone al amor de Dios un amor carnal definido como satánico. Véase, como botón de muestra, el octavo.

Sí comenté *Homenaje* en 1976 con cierto detenimiento. Es un libro demasiado extenso, poco coherente y de calidad desigual, cuya composición fue discurriendo paralelamente a la de los libros publicados. El poeta sumamente versátil e irregular que fue Ricardo Molina se sintió sin duda compelido por los prerrequisitos estilísticos que impone el concepto convencional y académico de homenaje; los poemas son casi siempre de factura clasicista y a menudo imitan, o intentan imitar, el estilo tópico del homenajeado, o bien parafrasear alguna de sus obsesiones distintivas. La marginación del yo lírico propia del género hace que, paradójicamente, Ricardo Molina nos haya descubierto en estos textos, al sentirse obligado a poner coto a una facilidad confesional que tantas veces lo condujo a un resultado superficial o banal, algunas de sus más profundas y verdaderas preocupaciones personales y literarias. El «Homenaje a Propercio» se refiere a la fugacidad del amor; el tono elegíaco cede ante la aceptación de esa fugacidad misma, ante la reconciliación con el mero quehacer vital y la exaltación del presente, en los homenajes a Goethe, a Walt Whitman o a Rilke. En otros casos, los homenajes se justifican por un simple y muy legítimo placer de lectura ante el texto bien hecho; tal es el caso de los dedicados a Virgilio, Ovidio, Ezra Pound o Pedro Gimferrer.

Otros poemas y la serie de dispersos publicados reúnen textos menores y casi todos irrelevantes, con alguna excepción como «Cántico de las puertas cerradas».

Esta edición

Me resulta difícil darle el visto bueno, por dos razones.

La primera, el prólogo insustancial, insuficiente, fragmentario y descosido con el que se abre, en el que Diego Martínez Torrón

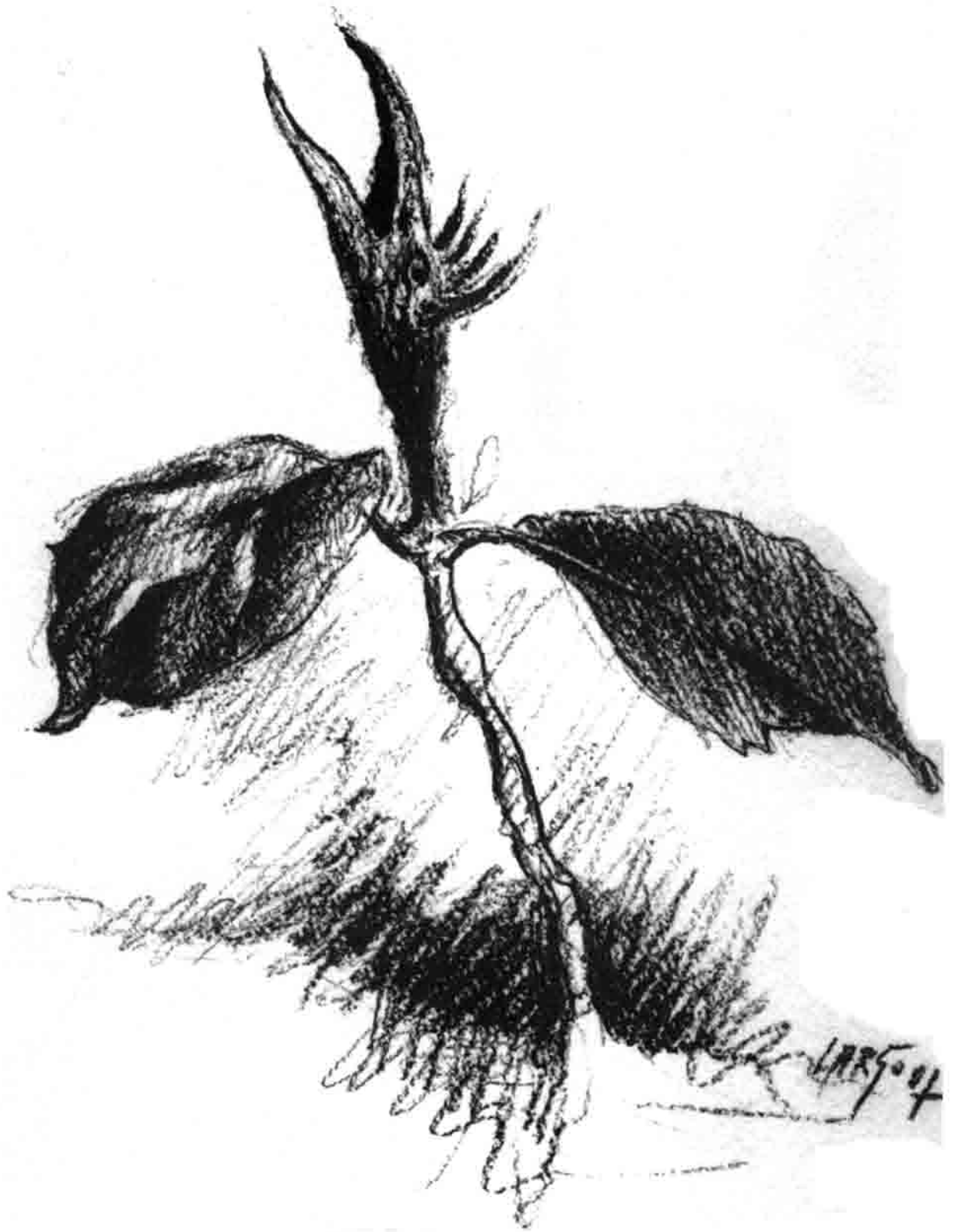
se ha dejado llevar por la facilidad de una rápida faena de aliño. En la primera de sus líneas se lee que «Ricardo Molina es el poeta señero y más profundo del grupo *Cántico*». Si el término «señero» se emplea en el sentido de «el que lleva la seña» [el estandar-te], estoy de acuerdo, pues ya dije antes que Ricardo formuló la poética de *Cántico* en nombre de todo el grupo. Pero si «señero» quiere decir, como supongo, el primero y superior, no puedo estarlo: para mí, como todo el mundo sabe, lo es Pablo García Baena.

Pero dejemos los valores a un lado. ¿Qué significa que Ricardo Molina es un poeta «siempre dulce», que se manifiesta «siempre en ese estilo dulce de quien ama la placidez de la vida», y que estuvo «encerrado en un hermoso universo lírico»? Hasta la crítica más libremente impresionista tiene unos límites, que me parecen transgredidos por tanta dulzura. Además de la falta de contenido crítico y filológico del término, no es en modo alguno adecuado a la vida ni la obra de quien no vivió su sexualidad, a diferencia también de lo que dice el prólogo, con aceptación y placidez, sino con angustia moral, recelo social y culpabilidad religiosa. A esa constelación de sentimientos, imposibles de reconciliar con la dulzura, debió Ricardo sus peores libros (*Tres poemas* y *Psalms*), que en su religiosidad crispada desentonan poco gratamente en el concierto de *Cántico*, y contradicen la poética personal y del grupo que el señero Ricardo asumió y expuso, y a la que he dedicado el primer apartado de estas consideraciones. Y conste que reconozco la licitud de la necesidad espiritual que lo llevó a esas dos incursiones en el tremendismo y el neorromanticismo que siempre había condenado.

Ricardo Molina hubo de padecer una punzante autocensura, verosímil en quien podía anticipar sin esfuerzo los efectos de la intolerancia moral circundante —la del poder y sus instituciones, y la acaso más insufrible de la sociedad—, muy activa y perceptible en el círculo cerrado de lo que, para entendernos y utilizar el lenguaje del tiempo del que estoy hablando, habría que considerar una enjuta ciudad de provincias. La coacción moral en la que tuvo que sobrevivir su heterodoxia le hubo de afectar de dos formas: una, condenándolo parcialmente al silencio y la disimulación; la otra, más sutil, llevándolo a contaminarse del lenguaje del poder,

y a interiorizarlo como culpa. Un primer síntoma inequívoco lo tenemos en la exaltación de Gide y Whitman en la citada reseña de *Alegría* (*Cántico* n° 1), para inmediatamente recoger velas en el número siguiente. Miedo a la censura externa o bien ambigüedad y contradicción íntima y auténtica a propósito del erotismo, tanto da: pero ni lo uno ni lo otro almibarar la existencia.

La segunda razón se refiere a algo ya apuntado al comienzo. En ningún momento se anotan los poemas que lo requieren, se justifican las decisiones ecdóticas adoptadas, la valoración negativa y modificación de anteriores ediciones debidas a personas del mayor fuste y respeto, ni los cambios mismos introducidos en cuanto a la literalidad de algún verso, o el contenido de algún libro. No hay ni siquiera una relación bibliográfica de las primeras y sucesivas ediciones de Ricardo Molina, ni una descripción somera de los manuscritos manejados. Es de suponer que todo lo que tan llamativamente falta aquí se encuentre detallado en la tesis doctoral antes citada, pero dedicar a esos asuntos unas cuantas páginas junto a las mil cien que ocupan estos dos volúmenes hubiera sido un asequible acierto ©



Gallo celestial